

DON CIRCUNSTANCIAS.

PERIÓDICO SATIRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



LOS ANTIGUOS PARTIDOS MONARQUICOS EN FRANCIA.

En nuestro último número hablamos del general Cavaignac, li-
songeándonos con la idea de verle pronto de un modo definitivo
al frente de la República. Nosotros decíamos: Cavaignac es ahora
el héroe de la Francia republicana; el país ha contraído con él una
deuda de gratitud, que pagará dándole su voto para la presidencia.
Cavaignac será, pues, el presidente de la República.

Entonces, sin embargo, no podíamos tener muchos motivos
aparentes para lisongearnos de ese acontecimiento. En el sentir de
los órganos reaccionarios de la Francia, el general Cavaignac es-
taba entregado por entero á las influencias de los que antes fueron

partidos dinásticos, y ahora forman en la cola de los republicanos. El mismo Mr. Thiers creía dominarle.

Sin embargo, á través de estas apariencias, nosotros veíamos en Cavaignac un hombre de corazón recto, de fé republicana y que no podía faltar á lo que debe á su nombre y á su gloria. Esta era nuestra opinion cuando tan en discordancia estábamos con los demas periódicos anti-revolucionarios, que creían tambien tener de su parte al actual gefe del gobierno republicano. El tiempo nos ha dejado muy poco lugar á la vacilacion: un paso dado recientemente por el general Cavaignac ha venido á presentarle tal como nosotros le creíamos, y á hacerle romper con la pandilla que le andaba adulando y que se creía ya dueña de la Francia.

En la última sesion de la asamblea nacional se interpeló acaloradamente al gobierno sobre el nombramiento que habia hecho de algunos de los representantes mas avanzados de la cámara para comisarios en los departamentos. Estos comisarios tenían por mision averiguar el estado de la opinion en Francia, con el fin de que el gobierno central pudiera tomar las medidas que mas conviniesen para asegurar la República. El general Cavaignac en esta ocasion ha echado mano de los hombres de la república roja, dando con esto graves motivos de descontento á los mas templados de la asamblea. De aqui que la sesion del 16 fuese una sesion de vida ó muerte para el gabinete. Dióla otro giro una orden del dia motivada por Mr. Marrast, en la cual la asamblea manifestaba á medias una desconfianza embozada, pero sin atreverse á romper con el gobierno.

El hecho, pues, es bien claro. Despues de las continuas fluctuaciones en que el general Cavaignac parecia haber estado, se ha decidido al fin por el partido que es el único que podrá calmar la efervescencia y las pasiones de la Francia. El partido de la república roja, sin ser socialista, es el único que infundirá confianza en esa clase obrera que ahora se deprime. Viéndole á él en el poder se acallarian todas esas murmuraciones que anima el descontento, y los mas desgraciados aplazarian para un término próximo la mejora de su condicion. Nuestra opinion ha sido siempre la misma: creemos que las causas deben abrazarse con fé, y que solo así hay bastantes fuerzas para superar los obstáculos que encuentra en la faz envejecida de las sociedades la menor de las innovaciones. Por propicios que se presenten los acontecimientos, siempre tienen sus asperezas. Estas no logran afligir á los hombres de fé, porque en el trabajo profundo y solitario que han hecho de las instituciones que entonces plantean, han contado ya con el pró y el contra de todas las cuestiones. Saben los sudores que cuesta producirse y triunfar una idea en el terreno de la práctica, como sabe el labriego el trabajo que ha consumido la espiga que amontona en la era.

Ademas, en todas las cosas los hombres ponen cierta dosis de amor propio que los hace doblemente activos. Los que han apadri-

nado y defendido un sistema, los que han gastado el brillo de su palabra y de su pluma en hacerle aparecer propicio, los que han adquirido un nombre militando en favor de una causa dada, esos tienen, aparte de todo otro interés, uno muy grande en acreditar en el hecho lo que han sustentado en teoría. Su vanidad de hombres especulativos se interesa vivamente en favor de la realización de principios que ellos han hecho aceptar al mundo.

Pero aparte de este interés frívolo, hay para los hombres de conciencia otro mayor en hacer fructuoso el triunfo de una causa que han defendido. En la actualidad los partidos políticos se forman alrededor de cierta bandera que les hace aparecer como, teniendo los ojos fijos en un lema que todos pueden leer y entender á la vez. Como los partidos llevan en la defensa de sus principios todo el calor de la convicción, de aquí que tengan que renunciar bajo un sistema contrario al suyo, á aceptar toda posición social. Son hombres entregados por entero á una idea que servirían malísimamente á otra. Los gobiernos, por lo tanto, están en su derecho cuando los dejan sin darles una parte activa en el juego político de la sociedad.

En el triunfo de una causa por lo tanto debe verse envuelto el triunfo de millares de víctimas que se han sacrificado á ella. Lo demás es ingratitud de parte de la causa que triunfa y tiene ya este cargo mas que hacerle la historia que le ha de juzgar impasible. En Francia por lo tanto el partido verdaderamente republicano es el que debe subir bajo la República, aunque no sea mas que en los primeros años de su constitución. Debe subir, porque él solo ha estudiado con ardor y con fé las cuestiones que debe suscitar ese cambio social, y él solo puede resolverlas de un modo propicio. Debe subir, porque nadie como él, por la gloria de su nombre y por la honra de una causa á que ha consagrado su vida, está interesado en hacer aparecer gloriosa y pura la República que se acaba de crear. Debe subir, porque su amor propio, como ya hemos dicho, está interesado en que las complicaciones que puedan surgir en la Francia á consecuencia del cambio de instituciones, no aparezcan como imposibles de resolver: antes por el contrario, él tratará de que la Francia republicana aparezca á los ojos de la Europa como un modelo que todos deben imitar. No creais, pues, vosotros, los que en todo veis peligros y trastornos, que el partido ferviente republicano bajó á envolver en sangre á la Francia. Eso lo hareis vosotros que quereis el descrédito de la República, pero no ellos que quieren su triunfo. Por último, debe subir, porque bastantes tiempos ese partido ha llenado los calabozos de la monarquía y ha comido el pan de la reprobación. Humillado, escarnecido por la fé con que defendía un sistema que se creía de remota aplicación, hora es ya de que salga de esa oscuridad y de esa miseria, y de que venga á decir á los sabios de la monarquía: «vosotros fuisteis los ignorantes.»

Por todas estas razones, para bien de la Francia, el partido de la República roja, debe subir al poder. Por eso nosotros nos felicitamos altamente de la media vuelta que parece haber dado el general Cavaignac, y que nosotros esperábamos mas pronto ó mas tarde.

Porque ¿qué sería de la Francia si continuasen dominando con sus influencias esos hombres dados en cuerpo y alma á la reaccion? Las instituciones se irian por un lado y ellos por otro. Aquellos pedirian expansion y bondad, estos no mas que represion y dureza.

No, convenceos, hombres de la monarquia, la República no os pertenece. Gozad en paz de sus beneficios y de sus liberalidades, pero no vengais á comprometerla con vuestras imprudencias. Vosotros habeis predicado hasta ahora que la República era un imposible: para adular los oidos de un rey que os pagaba con una sonrisa tan estraña abnegacion, habeis estado sosteniendo durante muchos años que traer la Francia á la República era lo mismo que convertirla en un lago de sangre. A fuerza de pensar en ello os habeis llegado á formar una conviccion que nada podrá arrancar de vuestras inteligencias. Estareis palpando la República y la creereis una ilusion.

Vosotros por lo tanto no servis para la obra de constitucion de la República. Cuando esta haya entrado en juego, cuando estén corrientes todos sus resortes, entonces no será ya tan comprometido encargáros el manejo de cualquiera de ellos. Pero ahora, torpes mecánicos, van á tropezar vuestros dedos y á estropear la máquina que se os confia. Estais acostumbrados á la antigua maquinaria y no sabeis que ahora se acaba de obrar una revolucion en la mecánica. Antes era preciso mantener siempre á un calor graduado la máquina, lo que producía menos velocidad y graves esposiciones al menor descuido: ahora se ha introducido en ella la válvula de seguridad que dá libre salida al demasiado calor comprimido, manteniendo siempre á aquella en toda la fuerza del movimiento. ¡Oh! las instituciones republicanas no necesitan un graduador; con dejar espeditas y libres las vias á la opinion, por ellas saldrá y se escapará todo ese vapor demasiado subido de punto que podría producir la esplosion de la caldera. No vayais á creer que dando consistencia á esta ha de poder ser eterna: vuestro sistema de compresion la haría estallar aunque le dieseis la mayor fortaleza imaginable.

Os lo repetimos, dejad el puesto que ocupais, hombres de la reaccion. Haced cuenta que estais asistiendo á los ensayos de un nuevo sistema que os coje á vosotros tan de nuevas como la cosa mas estraña. Aprended en los demas lo que con un loco empeño habeis despreciado hasta ahora; que cuando llegue el dia en que los prácticos os den por buenos y probados, harto tiempo os quedará de lucir vuestro ingenio.

Por ahora reservaos un papel que no se os puede negar. Puesto

que habeis aparentado aceptar la República, consagraos en la Asamblea á hacer ver todos los que realmente, en vuestro sentir, pueden ser obstáculos á su marcha. Vosotros poseeis altamente los resortes y los juegos de la palabra : emplead, pues, vuestro ingenio oratorio en hacer ver los que vosotros creis peligros para la República. Asi estimulareis el celo de los que la gobiernan, y con vuestros mismos sofismas contribuireis á poner mas de relieve la verdad. Lo demas será comprometeros vosotros y comprometer á la Francia. Si en efecto os empeñais en ir por la senda de la reaccion, estad seguros de que provocareis serios trastornos. Por huir de vosotros la Francia se echará hasta en brazos de los socialistas. Esto, como vosotros conoceis, no debe ser muy grato para vosotros que poseis las riquezas y los capitales de la Francia.

Otra cosa sucederá, como ya os hemos dicho, si os confiais en las rectas intenciones del partido republicano que con mas fe puede consagrarse á la consolidacion de la República. No esperéis entonces trastornos ni temais esas reformas radicales que amenazan la propiedad y la constitucion mas íntima de las sociedades. Al socialismo, la república sincera no le combatirá, sino que le desarmará. Tratando de aliviar la desgracia de los pobres, manifestando sinceros deseos de hacer el bien de las clases trabajadoras, el socialismo y el comunismo perderá su cuerpo de ejército que ahora se compone de todos los desgraciados. La república debe empezar por quitar á los particulares el monopolio de todas esas grandes empresas que mantiene á millares de obreros, y que por el simple capricho de unos cuantos descontentos pueden paralizar en un dia sus trabajos, y dejar en la ociosidad y en la miseria á cuantos de ellas dependen. Asi el estado tendrá en sus manos los medios de prevenir las crisis industriales, ó por lo menos los recursos suficientes para resolverlas del modo mas favorable á la tranquilidad. La República debe ademas dejar al pobre la explotacion de millares de ectares de tierra que pueden entrar en cultivo, haciendo la felicidad de infinidad de familias. La República debe fomentar la asociacion que reune las fuerzas de los débiles para oponerlas á los fuertes. La República debe asegurar la suerte del pobre, y no dejarla á merced de los caprichos del rico. Asi logrará asentarse en bases indestructibles, é interesará en su conservacion á todas las clases de la sociedad.

Es preciso que las clases ricas se convenzan de que monopolizando la riqueza del pais se esponen á que los que nada gozan, llamen á la propiedad un robo. Los hombres conocen ahora que nacen todos con iguales disposiciones para la felicidad. Ya no se les puede hacer creer en las preeminencias de las castas, ni se les logrará imponer silencio con los orígenes casi divinos de ciertas familias. Ya nadie cree mas que en las razones naturales de supremacia: tu eres mas fuerte, tu eres mas inteligente, tu eres mas virtuoso; pues gobierna á los estados en la medida de la justicia. Las

demas autoridades se desconocen, ó por lo menos van perdiendo de dia en dia una gran parte de su prestigio.

La autoridad y la fuerza de la riqueza es una de las que mas es preciso legitimar. ¿Por qué eres rico; pregunta el pobre á su señor? Examinemos las condiciones de tu riqueza y veamos si nacen de tus ventajas naturales ó de las ventajas que te ha dado la sociedad. «Si la sociedad, á tí que eres indolente é inepto, te ha ceñido la corona de oro de los triunfos modernos, mientras que á mi laborioso é inteligente me ha condenado á vestir el S. Benito de la miseria, la sociedad es mala. Destruyámosla pues para levantar en su lugar cualquiera otra cosa, que nunca ha de ser mas injusta que lo que ahora existe.»

Asi razonan los pobres en la irritacion que produce en ellos el hambre de un dia y otro dia y que los lleva á los mayores estremos.

No nos cansaremos pues de repetirlo: los gobiernos deben tratar de legitimar la propiedad, que es lo que mas se combate, arrancándola al monopolio y haciéndola el premio del trabajo, de la virtud ó del talento. Todo lo demas que se haga, podrá aplazar la revolucion social pero no evitarla. Mas tarde ó mas temprano estallará para anegar á la sociedad.

Porque nosotros queremos arrancar al pobre del camino del comunismo y del socialismo, deseamos que en Francia entre á ponerse al frente del gobierno el único partido que puede inspirar confianza al pais. En el profundo amor al pueblo que ha sido siempre su divisa, encontrará sobrados medios de introducir en la sociedad las reformas que las miserias públicas reclaman sin hacer á la Francia socialista. Todo depende por ahora de la conducta que vaya siguiendo el general Cavaignac.

LETRILLA.

Ya somos dichosos;

ya somos felices:

esto es lo que piensa

Mister Macallister.

¿Qué importa si España

desgraciada gime

víctima la pobre

de funestas lides?

Asi en las montañas

como en los madriles,

si este laberinto
 sigue como sigue;
 muy poca, ó ninguna,
 diferencia existe,
 entre los que mueren
 y entre los que viven.
 Veo sin embargo
 que la gente rie,
 gracias al famoso
Mister Macallister.

Este ciudadano
 diz que no se aflige
 viendo que la Europa
 casi se derrite.
 Vé guerras y sangre,
 sables y fusiles,
 sin que se comueva,
 sin que se horripile,
 que le importa un bledo,
 y eso tiene chiste,
 de los oprimidos
 y de los que oprimen.
 El hace negocio
 con el *sonsonicho*,
 y hace lo que debe
Mister Macallister.

Diz que solo sabe
 que hay virtud y crimen;
 pero que aun ignora,
 y esto es imposible,
 donde está lo bueno;
 porque no concibe,
 ni lo que se niega
 ni lo que se pide.
 No diré que sea,
 por ejemplo, un lince;
 sabio como Newton,
 bravo como Aquiles.
 Mas si el arte sabe
 de sacar *monises*,

digo que lo entiende
Mister Macallister.

No faltan mostrencos
 que le califiquen
 de titiritero,
 necedad sublime.
 Si él oye con calma
 las palabras ruines
 con que le baldonan
 esos zascandiles;
 si él sabe dar pruebas
 de animoso y firme,
 y halla espectadores
 que su gracia admiren,
 y su oficio aplaudan
 y su dicha envidien,
 digo que lo entiende
Mister Macallister.

No seré yo nunca
 tan falaz y humilde
 que le dé el dictado
 de varon insigne.
 Pero al cabo veo
 como cada quisque,
 que los españoles
 suelen divertirse
 con los muchos juegos
 que el ingles repite,
 sin que le murmuren
 y sin que le silven;
 y pues homenaje
 la opinion le rinde,
 digo que lo entiende
Mister Macallister.

Cosas grandes hace,
 cosas raras dice,
 que de los demonios
 tienen algun tinte.
 Saca de una bolsa

donde nada existe,
 jaulas con canarios,
 tórtolas y buitres.

Las eternas leyes
 físicas infringe,
 pero no es todo eso
 lo que le distingue.

Sus mayores gracias,
 á mi ver, consisten ,
 en tornar alegres
 los que estaban tristes.

Y pues de consuelo
 su presencia sirve
 ¡viva muchos años
Mister Macallister!

Mala está la España
 no en vano se aflige,
 porque va quedando
 sin maravedises.

Las contribuciones
 son irresistibles,
 falta la pitanza
 y el terror subsiste.

Sin embargo, sabe
 fascinarla *Mister*
 con algunos cuentos
 que parecen chismes.

Y pues el dinero
 y opinion consigue,
 digo que lo entiende
Mister Macallister.

Ya que este hombre sabe
 casi mas que Euclides
 un favor pequeño
 tengo que pedirle.

Dénos algun éther,
 que nos magnetice
 ó dénos, si acaso

Dios se lo permite,
 muchos pesos duros,

muchos comestibles,
una paz completa
y un gobierno libre.

Pero por desgracia
esto no es posible,
porque no lo entiendo

Mister Macallister!

PUES YO LO CREO.

Dicen los periódicos moderados que la mas inconstante de todas las coquetas es la señora *Opinion pública*. Eso quisieran ellos, porque de ese modo, podria suceder que dicha señora se les mostrase alguna vez, aunque fuera por poco tiempo, menos ingrata, menos desdeñosa. Por desgracia de los moderados, todos los piropos que ellos dirijen á la señora *Opinion*, son infructuosos. No hay requiebros que no hayan ensayado, adulaciones que no hayan prodigado, agasajos que no hayan hecho; pero todo ha sido sembrar en la roca. No hay remedio para esos apasionados mancebos; la *Opinion* les da calabazas, porque la señora *Opinion*, á pesar de su calificacion de *pública* no quiere entablar relaciones amistosas con esa gente, temiendo ser acusada de bestialidad. Bien hecho, señora *Opinion*, ¡calabazas en ellos! ¡calabazas!

Cualquiera al ver el epigrafe de este artículo, creeria que *Don Circunstancias* pensaba como los moderados en este particular, y que al injuriar estos señores á la *Opinion*, llamándola inconstante, iba *D. Circunstancias* á decir: «pues yo lo creo.» Pero no señor: este es uno de los catorce mil y quinientos puntos en que yo pienso de distinto modo que los moderados. Por otra parte, es necesario que una cuestion sea muy clara para que *D. Circunstancias* suelte la frase, irreembolsable, por decirlo así, de: «yo lo creo.» Pongamos algunos ejemplos.

Si se dijera que los acreedores ingleses (que siempre son *ingleses* los acreedores) trataban de apremiar al gobierno y que se pensaba en emitir billetes para el pago de los bonos, no me atreveria yo á decir lisa y llanamente, «pues yo lo creo» aunque mientras no se me probara lo contrario, tampoco me resolveria á contestar, «pues yo no lo creo.» Dios me libre de afirmar ó negar cosas que no sean tan claras como el chocolate de mi patrona

que moja y no tiñe. Si, asimismo, se dijera que el editor responsable del Banco, en el caso de sufrir contratiempos y necesitar dinero, echaría mano de lo poco que hoy tiene consagrado al pago de billetes, quedando en la caja las garantías que existen en el día, tampoco diría yo que lo creo ni que no lo creo; porque todo es posible, y sin embargo las mencionadas garantías consisten en papel sin valor, tan sin valor que vale menos, mucho menos que el de los billetes, el cual representa algo aunque mal representado.

Pero este asunto del Banco está ya muy trillado, por lo cual, si he de continuar mis ejemplos será oportuno invadir otro terreno, v. gr., el de las sociedades mercantiles. Todas estas sociedades están pasando la cuaresma en Otoño, es decir, que se encuentran sin honor y sin dinero, y pudiera decirse de todas lo que decía cierto sugeto recomendando á una jóven que pretendía cantar en el teatro: «Ella tiene mala voz y mal estilo, pero se desentona.

Entre otros bancos podia citarse los de Fomento y Español de Ultramar, cuyos directores dicen que decían que dijeron haber pagado tres millones y trescientos mil rs. por prima de la contrata de los azogues, y esto sin que se pueda decir si á manos labadas ó manos puercas. El hecho es que segun noticias aparecen 30,000 duros de las sisas de los vapores; pero *yo no lo creo*, porque estoy acostumbrado á que *Juan Lanás* me sise un ochavo en la verdura, y un cuarto en la carne cuando mas, lo cual puede llamarse *sisa*, pero sisas que suben á treinta mil duros, ya no son *sisas* que son *sisonas*.

Supongamos tambien que se dijera que un tal *no se cuantos* de Olivan y un tal D. Leopoldo de *no se cuantos* han tomado dinero del Banco dando por garantía la parte que les toca en el camino de Berga, no tendria inconveniente contestar: «pues yo lo creo» porque todo esto y algo mas es verosimil; pero si dijeran que el camino estaba construido con los fondos de la sociedad á que pertenecen D. Olivan y el señor Leopoldo, responderia yo que no lo creo, ó por lo menos que no me determino á creerlo, porque esto ofrece tan pocas probabilidades de certidumbre como si se dijera que Murga ha embargado á Jordá y que otros han embargado á Murga, y que á estos los han embargado otros, por compromisos que Murga y Jordá y estos y los otros tienen con el Banco de Fomento. No faltarán malas lenguas que hagan suposiciones de esta especie; pero mas valdrá que no sea cierto, porque Murga se trasformaria en charanga y Jordá seria capaz de dar una encerrada á Santandreu.

Respeto á D. Olivan, ó sea el señor Olivan, ó si se quiere el señor D. Olivan; digo que segun rumores, le ha prestado 40,000 duros la compañía de seguros generales, dando aquel por garantía algunas acciones de las minas de Guadalajara. Esto francamente, tampoco lo creo; porque si fuera cierto, la compañía de seguros dejaría de ser compañía de seguros, es decir, sería compañía, y si se quiere compañía de generales, pero no de seguros. Pues que ¿el papel de las minas de Guadalajara puede servir de garantía para tomar 40,000 duros? ¿Cuál es entonces el valor de este papel? No creo que se encuentre muy alto, que no puede andar alto lo que está debajo de tierra.

Voy, pues, á citar otros ejemplos de menos compromiso para tomar una decision tan franca y categórica como lo permitan las circunstancias. Supongamos que se diga que la Junta Liquidadora del Banco de la Union pudo pedir algun dia auto de prision contra Mr. Seiglan Bagnères, director que fué de dicho Banco, aqui podría contestarse sin inconveniente: «pues yo lo creo» porque él *puede ser*, nadie lo niega; así como si dijeran que el señor Bagnères, en recompensa de los favores que ha recibido, está reuniendo datos para fastidiar á la Junta Liquidadora, tambien podría contestarse diciendo: «yo lo creo» aunque no sea mas que por no apartarse de la verdad encerrada en aquel refran castellano: «cria cuervos y te sacarán los ojos.»

Pero dejemos á un lado al Banco de S. Fernando, y al Banco de Fomento y al Banco de la Union, y á todos esos bancos sin patas, que el mejor de todos antes de poco valdrá menos que el banco de un herrador. Vuelvo al terreno de la política que es donde puede sentarse con mas firmeza la opinion.

La *España* de hoy sin ir mas lejos, dice que en la correspondencia que diariamente recibe de las provincias, se habla de precauciones, destierros y confinamientos, á lo cual si que puede oportunamente el dicho de: «pues yo lo creo» como el sistema de confinamientos, destierros y precauciones, va á hacer hablar á las piedras. Véase sino el siguiente párrafo de nuestro apreciable colega el *Clamor*.

«*Capítulo de garantías.*—No pasa dia sin que llguen hasta nosotros noticias de nuevas prisiones. Por supuesto que en el dia no hay que preguntar la causa por qué se prende, encarcela y deporta: todo el que cae por banda de la policia, es de necesidad republicano, ó comunista, ó por lo menos conspirador.

Segun nos han asegurado, hace pocas semanas fué preso por los esbirros, un jóven á quien despues de examinar escrupulosa-

mente sus cartas de familia se le encontró en el bolsillo de un frae muy decrepito esta misteriosa redondilla:

«Nunca peor con el *siete*

Estuvo el *sesenta y cuatro*,

Así pues, conciudadanos,

Contad las uñas al gato.»

Apenas fué hallado este raro geroglífico se reunió el comité facultativo encargado de poner en castellano todos los documentos dudosos, y el anterior mereció por unanimidad la calificación de *revolucionario*. Se convino en que el *siete* era el número de los ministros, en que el *sesenta y cuatro* era el de los individuos que estaban aliados á una logia masónica, y en que los dos últimos versos eran una verdadera escitacion para dar el grito de muerte.

De nada valió á nuestro pobre jóven afirmar que la redondilla en cuestion era una cábala de la loteria primitiva. Al cabo de muy pocos dias marchaba en una cuerda camino del presidio de Málaga, para desde allí tomar el portante á Filipinas.»

Esto se parece mucho á lo del que se querelló de uno porque le habia llamado *amigo mio*, suponiendo que le habia querido llamar cornudo, por este sencillo raciocinio: «*mio* lo dice el gato, el gato come ratones, los ratones roen el queso, el queso se hace de la leche, la leche la dan las cabras, y las cabras tienen cuernos, *ergo*, decirme amigo mio, equivale á llamarme cornudo. Sin embargo, áquel individuo se contentó con quejarse, pero aqui castigan que es lo peor, y castigan muchas veces con tanta razon como la que tenia el otro para quejarse, por lo cual, cuando yo oigo hablar de prisiones, aunque no haya motivo para hacer prisiones digo que *lo creo*, y si oigo hablar de deportaciones, tambien *lo creo*, y si oigo algun dia decir que se arde la tierra, y que todo se lo lleva la trampa, aunque no sea mas que por hábito y por las calamidades que estoy esperando, esclamaré con la mayor naturalidad del mundo» — «Toma, pues yo lo creo.»

— Pero donde uno se confunde, donde uno se sumerge en la incertidumbre es leyendo los periódicos moderados, cuya eterogeneidad de ideas le obligan á creer y á no creer en cada línea que repasa. Puede citarse como modelo en esta parte el siguiente párrafo de la *España* de ayer:

«Como una muestra de lo inconstante que es la fortuna, y de cuán fácilmente se pierde la popularidad, presentaremos á nuestros lectores un contraste afirmativo. El príncipe Napoleon, que jamás ha brillado sino por la inconsecuencia y ligereza de su

conducta, que no ha mandado jamás ni una compañía y que ninguna reputacion tiene como militar, ha reunido 4769 votos, mientras que el mariscal Bougeaud, el veterano de los ejércitos, el único militar que en el reinado pacifico de Luis Felipe ha recogido los laureles de la victoria, el gefe y maestro por decirlo asi de todos los generales que ahora figuran, el que de mas popularidad y prestigio gozaba entre la tropa, solo ha reunido 2220 votos. Y luego se dirá que el voto universal es justo y solo recae sobre los mayores merecimientos.»

¿Con qué es decir que el grande, el célebre mariscal Bougeaud, no puede aspirar á sentarse en la Asamblea por medio del sufragio universal? Pues yo lo ereo. Lo extraño seria que el sufragio universal enviase á la Asamblea hombres tan despreciables como el mariscal Bougeaud. ¿Por qué regla, de tres habia de merecer el mariscal Bougeaud el titulo de representante de la Francia republicana? Será por haber pertenecido á la pandilla doctrinaria, que habia dejado á la Francia exausta de oro, de decoro y de libertad; será por haber pertenecido al número de los lacayos, mejor diré, de los esclavos envilecidos de Luis Felipe. Será por haber militado siempre en las filas de los enemigos del pueblo, y estos merecimientos no son muy á propósito para que el mariscal Bougeaud pudiera tomar asiento en una Asamblea democrática. Verdad es que el mariscal Bougeaud puede alegar otros méritos. Este miserable instrumento de la corte que cayó en febrero á impulsos del huracan revolucionario, hizo pronto defeccion á su antiguo partido; cometió la bajeza de abandonar á su amo y abrazó la bandera republicana solamente por conservar el empleo y sueldo de mariscal de Francia.

Con semejantes antecedentes no se admire la *España* de la derrota que ha sufrido Bougeaud, porque es muy natural. Cuando el número de electores estaba circunscrito en Francia á los cocheros y lacayos de Luis Felipe, podian aspirar Bougeaud y otros como Bougeaud al honor de sentarse en la representacion nacional; pero hoy que tienen derecho de votar todos los ciudadanos honrados é independientes, deben arrinconarse para siempre los partidarios del despotismo, y contentarse con que no se les pida cuenta de la mala vida pasada. Por esta razon, cuando supo *D. Circunstancias* que Bougeaud iba en candidatura, dijo para su capote: «No creo que salga diputado;» pero hoy que la *España* anuncia su derrota, no ha podido menos de esclamar: ¿Con qué se ha llevado chasco *Bougeaud*? ¿Qué habia de suceder? ¿Cómo habia de suicidarse una nacion que posee el sufragio universal?

PASEO DE D. CIRCUNSTANCIAS.

Ya que ha empezado la feria
quiero dar cuatro paseos,
á fin de tomar el sol,
ó mas bien, tomar el fresco.

Porque en Madrid, ya se sabe,
apenas llega este tiempo,
acaso por la influencia
que ejercen los trastos viejos,

Hay que someterse al agua
y vivir en su elemento
como si fuéramos todos
tiburones ó abadejos.

Lo que es hasta la presente
nada nuevo he descubierto.
Mucho mueble y mucho lodo,
y en verdad que esto no es nuevo.

Como no soy ambicioso
me paro poco en los puestos
donde se ven maravillas
de todas clases y sexos.

Allí se ven las espuelas
con que el bravo caballero
D. Quijote de la Mancha
fastidiaba á su jamelgo.

Allí se ven las famosas
antiparras de Quevedo
y la primera camisa
que estrenó Guzman el Bueno.

Allí de Lope de Vega
se encuentran unos greguescos
y la capa de Velazquez
y de Murillo el sombrero;

Cosas que valdrán un mundo,
cosas de valor y precio
para el hombre que lo entienda,
que yo por mí no lo entiendo.

Por eso en ver tales gracias
ni un instante me detengo,

y voy..... á cualquiera parte
donde variedad no encuentro.

Una cosa solamente
digna de observarse veo,
la Esposicion de pinturas,
y allí de rondon me meto.

Todos los dias concurre
á ver las obras del genio
armado como acostumbro
de papel y lapicero.

Y allí estoy las horas muertas
observando y escribiendo
las bellezas de las obras
lo mismo que sus defectos.

Porque he de hacer un examen
en mi papel muy completo,
dando razon con franqueza
de lo malo y de lo bueno,

Sin que mi conciencia tuerzan
la farsa y el privilegio,
como esos que rinden culto
á la amistad ó al dinero.

Yo he de censurar lo malo,
yo he de alabar el talento,
llámese el artista *Antonio*,

Miguel, *Madrazo* ó *Tegeo*.

Por esta razon, señores;
en la Esposicion me encierro,
armado como acostumbro
de cartera y lapicero.

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerías de CUESTA, MATUTE, GASPARD y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, núm 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

En provincias; 30 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.